

Juan Manuel Lozano (1929-2007), profesor, colega y amigo

Juan Manuel Lozano Mejía fue mi profesor de mecánica clásica en el primer año de estudiante de la carrera de física en la Facultad de Ciencias de la UNAM. No está bien decirlo, pero así como él decía de don Manuel Sandoval Vallarta “estaba viejo desde que lo conocí”; lo mismo me pareció él a mí. Su imagen quedó estática en mi memoria, pues en adelante siempre lo ví idéntico. En aquel entonces daba su clase sin llevar notas y, de manera equivocada, pensé que se sabía el curso de memoria de tanto que lo había impartido. No tenía idea de que era su campo de especialización.

Recuerdo que una tercera parte del curso versaba sobre mecánica, otra sobre historia de la física, y la última la dedicaba a mencionar anécdotas relacionadas con el desarrollo de la física en México. Sotero Prieto, Ricardo Monges López, Manuel Sandoval Vallarta y Carlos Graef Fernández fueron nombres que quedaron en mi mente, como grandes figuras del desarrollo de la física en nuestro país, pero como hechos del pasado que no tenían ninguna relación con mi presente. Ahora me doy cuenta de lo equivocada que estaba.

Desafortunadamente en esos años yo no tenía ningún interés por la historia de física mexicana, mis inquietudes estaban en la física básica de frontera, pues eso era lo relevante para mí. Para cuando me interesé en este campo, durante mis estudios de maestría en física en la misma facultad, Graef había muerto, pero vivía en la asombrosa memoria de Lozano, quien fungió como sinodal de la tesis que desarrollé para obtener el grado. De esta manera

continué mi vínculo, pero ahora con un tema nuevo, por fortuna, de gran pasión para él. Años después participó nuevamente como sinodal de mi tesis doctoral. En estas dos tesis había explorado, tan sólo un poco, el desarrollo de la física en México durante los siglos XVIII y XIX. Aún me faltaba recorrer un largo camino para acercarme a la época dorada de la que tanto nos hablara en el curso de mecánica.

Si algo admiré de la personalidad del doctor Lozano, además de su memoria prodigiosa, fue su claridad y capacidad de decisión sobre el papel que debía ejercer como científico, como profesor, como funcionario y miembro de la UNAM, como ciudadano mexicano (en su entorno familiar y social) y como ser humano. Fue una persona consciente de su presente y del momento histórico en el que estaba inmerso. Pensaría que esto lo adquirió a través de su pasión por la cultura, que le permitía deleitarse con cualquier tipo de lectura que llegara a sus manos, especialmente de historia, cuyo espectro abarcaba no sólo temas de cien-



María de la Paz Ramos Lara

cia y tecnología sino también de economía, política y arte.

Por años disfruté de su buen humor, sus innumerables anécdotas, sus pláticas tan largas como amenas, sus clases, su paciencia para atender dudas de alumnos o de cualquier persona, sus valiosos consejos, su prudencia para atender problemas delicados, su sencillez, e indudablemente de su amistad. Me deleitaba ver la chispa que se reflejaba en su mirada cuando alguien le enseñaba algo que él desconocía, pues, esto sí que le generaba un placer indescriptible. Se decía un ignorante y afirmaba que tan sólo sabía una pequeñísima parte del conocimiento universal, aunque se ufana de saber más que la mayoría de las personas que él conocía.

Tenía su concepto “de lo bueno”; se deleitaba con una buena taza de café que no le podía faltar diariamente, especialmente el del Instituto de Física de la UNAM, del cual afirmaba ¡es el mejor! Pero también le complacía una buena comida, o una buena bebida, un buen concierto, una buena obra literaria, una buena charla, o un buen chiste, inclusive, ver a una “buena chamacona”, como solía decir. Su concepto de lo bueno y lo mejor, solía tenerlo a la mano para hacer de cada día ¡el mejor! pues, cuando disfru-

taba algo, solía exclamar ¡esto está a toda madre!

Si me preguntaran qué fue aquello que en nuestras reuniones percibí que le produjera asombro y admiración, contestaría que, además de la física y las matemáticas —como campos del conocimiento que dan la posibilidad de entender y explicar los fenómenos naturales y sentir placer al hacerlo—, era la inteligencia humana misma. Cuando se encontraba con un “tipo inteligente” —como solía denominarlo— dirigía su atención hacia la persona —casi como un felino a su presa— observaba su actitud y no se perdía una palabra del diálogo; al final de la charla o conferencia, con cara de asombro afirmaba “este tipo es muy brillante”. Por supuesto que también me tocó escuchar la contraparte usando el calificativo “pendejo”, una palabra muy usual en su vocabulario, al igual que “carajo”.

El consejo que reiteradamente recibí de su parte fue: “no tomes con tanta seriedad la vida pues tan sólo venimos a disfrutarla, y ¡así no se puede! Lo importante es el buen humor y tener tiempo para el ocio”. Creo haber entendido que es ahí donde la creatividad tiene su máxima expresión.

Si alguien sintió orgullo de tener varios amores, ese fue Juan Manuel Lozano Mejía. El amor por su esposa Ali-



cia, su familia y la Universidad tuvieron un lugar preponderante en su vida; así como también la física, las matemáticas, la historia, la cultura, los alumnos, los profesores de nivel medio superior, la literatura, la música, la comida, el café, el vino y el tequila, por mencionar sólo algunos.

Su deslumbrante memoria, aunada a su conversación amena, sabrosa y jocosa, y sus asesorías, consejos y compañías son tan sólo algunas de

las cosas que extraño con frecuencia. Sólo espero que así como él guardaba en su memoria tantos hechos de la física mexicana, nosotros recordemos que al inicio de su carrera como científico publicó en las principales revistas especializadas de su época, que decidió virar hacia la docencia, la difusión, y la historia de la física mexicana, donde dejó una huella indeleble.

Espero también que tengamos presente que Juan Manuel Lozano fue el noveno físico en graduarse como físico teórico y el tercero en obtener su posgrado en este campo; fue así de los primeros físicos que desde la primera casa de la física en México, el Pa-

lacio de Minería, empezó a formarse como alumno, investigador, profesor y divulgador de la física.

Hablar de la historia de la profesionalización y la institucionalización de la investigación en física en México es por tanto hablar de Juan Manuel Lozano, pues ¡él estuvo ahí!, como solía afirmar. También estuvo en el segundo hogar de la física, la Torre de Ciencias (en la recién creada Ciudad Universitaria), y estuvo en otra más, la que ahora se encuentra en el circuito exterior del campo universitario. Al igual que los primeros físicos mexicanos impartió clases a nivel superior y medio superior. Como era común en su época,

trabajó un tiempo en el Observatorio Astronómico Nacional (OAN) y en el Instituto Nacional de la Investigación Científica (INIC).

Participó con gran entusiasmo en los inicios de la descentralización de la física en México, en la conformación de la Sociedad Mexicana de Física, y fue de los primeros en publicar en su revista (la cual sobresale como la primera revista mexicana de física de circulación internacional) así como en participar en sus reuniones y congresos. Fue fundador de la Academia de la Investigación Científica, y colaboró en el INIC, que años más tarde se transformó en lo que hoy es el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT). Por congresos y reuniones latinoamericanas estuvo al tanto del desarrollo de la física en esos países.

No obstante, sus primeros trabajos de investigación los realizó en el campo de la física teórica nuclear; estuvo cerca de uno de los primeros y magnos proyectos experimentales que darían a México una gran confianza y seguridad en la física experimental como para emprender otros de mayor envergadura, tanto en la capital como en provincia: la puesta en marcha del primer acelerador de partículas, con lo cual se inició en nuestro país el campo de la física nuclear



experimental. Lozano colaboró impartiendo cursos para capacitar a médicos en física nuclear, pues se iniciaban investigaciones en medicina nuclear. Finalmente, y por falta de amor —como afirmó en algunas ocasiones—, se alejó de la actividad experimental y se dedicó a la teórica, al principio en física nuclear y posteriormente en mecánica.

En la década de los sesentas, Lozano dedicó más tiempo a proyectos de docencia debido a los cargos que ocupó en la facultad, inclusive el de director. Al final de esa década y principios de la siguiente, su atención se dirigió hacia la educación media superior, gracias a la colaboración que mantuvo con Pablo González Casanova en el proyecto de creación de los Colegios de Ciencias y Humanidades.

A partir de aquí, Lozano inició una estrecha y afectuosa relación con profesores de nivel medio superior, situación que lo llevó a participar, años más tarde, en una maestría

dirigida a fomentar la superación académica del personal académico de este nivel. También emprendió un gran proyecto editorial, la publicación de la obra *El mundo de la física* que, por su diversidad temática, quedó conformada en diez volúmenes. Su pasión por la divulgación lo llevó a publicar en 1995 el libro *Cómo acercarse a la física*.

Su amor y compromiso con la UNAM lo motivó a participar en un gran número de comisiones académicas; asimismo, intervenía en aquellos encuentros donde se decidían cambios profundos de ésta institución, como fue el caso de la CECU, para la cual estuvo trabajando hasta sus últimos días. Su lealtad a la máxima casa de estudios, que le impidió aceptar los programas de estímulos salariales, le fue correspondida al recibir un bono de antigüedad que superaba su exiguo salario. Asimismo su generosa colaboración con la comunidad universitaria y su talento fueron retribuidos

con algunos reconocimientos, entre los cuales estaba su predilecto: la medalla y diploma *Juan Manuel Lozano Mejía*, que otorga el IFUNAM a sus mejores estudiantes.

Afortunadamente, alcanzó a ver uno de sus grandes sueños. Presenciar el inicio de una colección de libros que permitiría la reproducción, en facsímil, de dos de sus libros favoritos; el primer libro científico publicado en América, el *Sumario Compendioso* de Juan Díez Freyle (1556), que acaba de salir a la venta; y el primer libro de física publicado también en el Nuevo Mundo, *Physica Speculatio* de Fray Alonso de la Veracruz (1557) que se encuentra en edición, y que será dedicado a la memoria de su gran administrador y promotor, Juan Manuel Lozano.

En sus últimos días estaba revisando tesis y escribiendo su ponencia para el congreso de física, una ponencia muy especial, pues se iban a conmemorar cincuenta años

de los congresos nacionales de física, y él había estado en todos (creo), así que su ponencia creaba gran expectativa en la comunidad académica, así como su presencia. Lamentablemente ya no pudo estar en el congreso, aunque su trabajo, gracias a Marili Marquina y otros de sus compañeros, se presentó y formó parte de un merecido homenaje.

No me resta más que expresar mi deseo por ver materializar sus últimos deseos, la creación de un fondo documental para conservar la memoria de la historia de la ciencia mexicana y la creación del Museo de la historia de la ciencia mexicana, que difundida ampliamente esta temática y contribuya a fomentar una tradición científica en la población mexicana. 🏛️

*Con cariño para mi maestro, colega y amigo,
Juan Manuel Lozano.*



María de la Paz Ramos Lara
Centro de Investigaciones Interdisciplinarias
en Ciencias y Humanidades,
Universidad Nacional Autónoma de México.

IMÁGENES
Pp. 42-45: Juan Manuel Lozano y Alicia, su esposa.